

EL PARTIDO ROJO, EL PARTIDO AZUL Y EL PARTIDO VERDE

Por Adriano Miguel Tejada

CUANDO SE PRODUJO LA ANEXION A ESPAÑA en 1861, todas las condiciones estaban dadas para la existencia de tres partidos en la República Dominicana, nacida apenas 17 años antes. Por un lado, estaba el grupo, cada día más amplio, de Buenaventura Báez, que durante sus gobiernos de 1849—53 y 1856—58, había logrado formar una sólida base para el establecimiento de un “partido de pobres”, donde su mando no era disputado ni codiciado porque, simplemente, nadie se sentía con condiciones para reemplazarlo. Durante sus administraciones, Báez tomó una serie de medidas dirigidas a distinguirlo de Pedro Santana, el caudillo “oficial”, pero orientadas a ganar clientela político entre los estratos más humildes de la población, que, al mismo tiempo, arrastraron a algunos intelectuales conservadores y jefes militares descontentos con Santana!

Por el otro, estaba don Pedro Santana ya declinante, pero todavía con arraigo entre sus paisanos de El Seybo y entre intelectuales y comerciantes de la vieja guardia en Santo Domingo y con ascendiente popular a consecuencia de sus victorias frente a los haitianos en la cruzada independentista; y, en último lugar, el “Grupo Cibaeño”, formado por intelectuales liberales y comerciantes del Cibao que habían llevado a cabo una revolución contra Báez en 1857, y que se malquistaron con Santana cuando éste burló la confianza que habían depositado en él como jefe de las tropas, dando un contragolpe en 1858 y destruyendo los resultados de la revolución cibaena?

La Anexión trajo la desaparición de Santana del plano político por su fallecimiento, y el fortalecimiento del "Grupo Cibaeño" que llevó todo el peso de la Restauración mientras Báez vagaba por playas extranjeras con el rango de Mariscal de Campo de los Ejércitos Españoles³ al tiempo que generales baecistas mantenían en alto el pendón de su prestigio en el país.

El poderío político del "Grupo Cibaeño", que más tarde formaría el Partido Azul, y el de los baecistas, se puso a prueba varias veces en el curso de la Restauración, en las luchas internas que se libraron por la detentación del poder político del lado dominicano, que dejaron como resultado el asesinato del Presidente José Antonio Salcedo (Pepillo), reconocido baecista y la deposición del gobierno del Gral. Gaspar Polanco, a cargo del Gral. Pedro Antonio Pimentel⁴

Ya desembarazados del yugo español, estas luchas se manifestaron con toda su rudeza, y es por esto que se designa el triunfo de la Restauración de la Independencia como el inicio del "Ciclo de los Colores", porque los partidos que van a dominar la vida política dominicana se distinguirán, no por su plataforma ni su orientación, sino por el color de su insignia, que en los baecistas fue roja, en los del "Grupo Cibaeño", azul, y en el grupo "unionista" del "general de salón"⁵ Ignacio María González, fue verde.

Las tropas españolas abandonaron el país en 1865, pero quien recibe la plaza de Santo Domingo, último reducto español, no es el presidente del gobierno de la Restauración, Gral. Pimentel, sino el Comandante de las tropas restauradoras del sur, Gral. José María Cabral, quien, inmediatamente tomó algunas medidas de protección a los comerciantes ante intentos de pillaje de las tropas restauradoras, que habían hecho lo mismo en El Seybo⁶ y que no se caracterizaron, precisamente, por su disciplina militar durante toda la contienda restauradora. La misma guerra de guerrillas que se debió librar contra un enemigo mejor armado y entrenado, permitió la creación de una serie de caciques locales que reunían un grupo de hombres para defender determinada demarcación, cuya lealtad era mantenida a través de la extorsión y el pillaje⁷ Evidentemente, éste era un mal menor frente a la ocupación española, y, seguramente, fue soportado por el grupo dominante contando con que a su ascensión al poder total serían eliminados esos malhechores disfrazados de ovejas.

El Gral. Pimentel era bastante impopular por sus actuaciones pasadas, entre las altas esferas económicas e intelectuales del país y selló la suerte de su gobierno negándose a trasladar la sede del mismo

a la ciudad capital, lo que hizo cundir el rumor de que se iba a repetir la experiencia de 1858, con la Constitución de Moca, circunstancia que motivó un levantamiento armado de Cabral, azuzado por los comerciantes capitaleños⁸ y apoyado discretamente por el "Grupo Cibaeño", que, aunque tenía sus resquemores con los capitaleños estaba en busca del líder militar que le hacía falta desde 1857.

Triunfante el movimiento, Cabral se proclamó "Protector de la República", y realizó un gobierno que inspiró confianza a comerciantes y agricultores, pero, a pesar de estar sostenido por los "azules", sus deseos por el retorno del Mariscal Báez eran tan manifiestos, que bastó una simple insurrección del Gral. Pedro Guillermo, en el Este, para que declinara el mando, y, ¡algo peor! ,formara parte de la comisión que fue en procura de Báez a Curacao.

No es circunstancial que esta revolución contra Cabral se iniciara en el este de la República. Recuérdese que Báez tenía toda su clientela en las clases bajas de la población, que son las que más afán de escalar posiciones en la sociedad tienen, y que, al triunfo de la Restauración intentaron pillar los comercios de la zona. Es evidente que sus ansias de obtener ventajas económicas como forma de ser estimados socialmente los obligaba a actuar con tanta premura.

Los restauradores habían perdido momentáneamente la partida. Apenas medio año después de la salida de las tropas anexionistas, un "Mariscal de Campo de los Ejércitos Españoles" se imponía a las élites restauradoras. Báez inauguró su gobierno en diciembre de 1865 y volvió por sus viejos métodos: restableció la constitución santanista de 1854, tan cómoda para los tiranos, más formó un gabinete heterodoxo, con figuras restauradoras, como Cabral y Pimentel y figuras rojas. El rompimiento vino pronto, y en mayo de 1866 se embarcaba hacia el exilio en espera de mejores tiempos. Los restauradores todavía tenían mucha fuerza frente a un Báez que no había organizado sus hombres. A estas alturas, ya pueden definirse las fuerzas que van a disputarse el poder en el curso de los próximos 14 años, que serían de los más turbulentos y sangrientos de la historia dominicana.

El Partido Rojo, conocido también como Partido Baecista o de la Regeneración, estaba en embrión desde el primer gobierno de Báez en 1849, cuando tomó una serie de medidas que favorecieron a los campesinos pobres y a las masas de estrato bajo de las zonas urbanas, y se reafirmó durante su segundo gobierno (1856-58), ya separado

de Santana, cuando sus famosas medidas en favor de los pequeños cosecheros de tabaco del Cibao, que lo enemistaron definitivamente con los grandes comerciantes, pero dieron una amplia base popular a la facción y acabó de consolidar su imagen de protector de las clases desposeídas.

El Partido Rojo fue un partido porque tenía un caudillo. La presencia del grupo en la Restauración se nota a través de las pugnas por el poder, y su decisiva influencia, la vemos en los resultados: el gobierno que sigue al de los restauradores es el de Báez, que, expulsado, vino a ocupar la primera magistratura ante la sorpresa del Pbro. Meriño, azul de corazón?

El partido baecista estaba formado por todos los estamentos bajos de la población: pequeños propietarios agrícolas, peones, pulperos, artesanos, campesinos, cuya única oportunidad de ascender en la escala social la daba la posesión de un grado militar y la distinción en la lucha apoyando a la facción. En una sociedad de escasa movilidad social, donde el gobierno era la mayor fuente de empleo y de oportunidades, la milicia era casi la única forma de alcanzar un lugar en la sociedad, y la detentación del poder, la sola alternativa para la facción de sobrevivir socialmente. De ahí que los menos afortunados económicamente lucharan con fervor casi inaudito por apoderarse del poder, única vía para ser estimados socialmente y obtener ventajas económicas.

Completaba la militancia de los rojos, un grupo de propietarios rurales e intelectuales conservadores, apoyados más tarde, por elementos capitaleños como reacción regional ante el empuje cibaño.¹⁰

Los baecistas seguían ciegamente a su caudillo y no disputaban su poder absoluto. Su nombre era casi sagrado entre los pobres, que luchaban por él sin saber en realidad por quién lo hacían. Después de muerto, se oían en la manigua gritos de "Viva Báez" en hombres que peleaban por Ulises Heureaux, caudillo azul.¹² Sus líderes eran anexionistas o buscaban el protectorado extranjero, y se caracterizaron por la inmoralidad de su vida política. Aparte de Báez, los principales hombres del Partido Rojo eran Manuel María Gautier, Félix María del Monte, Manuel Altagracia Cáceres (Memé) y Juan de Jesús Salcedo, entre otros.

El Partido Azul, llamado también Partido Nacional, Liberal o Nacional Liberal, era una tentativa de partido de principios. Formado

por intelectuales y comerciantes y grandes propietarios campesinos, era un partido de minorías, aunque de minorías ilustradas, pero careció de un líder del arrastre de Buenaventura Báez.

La circunstancia de estar formado por liberales educados en el exterior lo hizo, hasta cierto punto, exótico ante el medio, cuyas ideas, a veces encontradas, lo hacían perder el precioso tiempo de la acción en discusiones estériles y divagaciones no siempre prácticas.

La juventud liberal de Santo Domingo y, principalmente, el grupo del Cibao, formado por comerciantes, intelectuales y propietarios campesinos de cierta importancia, constituyó el núcleo principal de este partido, que careció de un caudillo militar de arrastre y, sobre todo, de popularidad entre las masas desposeídas que no comprendían sus ideas y se dejaban deslumbrar por las realizaciones de un hombre demagógico, fiel conocedor de la forma de ser del medio en que se movía.

Los principales prohombres de este partido fueron Gregorio Luperón, Ulises Fco. Espaillat, Pedro Fco. Bonó, José Ma. Cabral, José Gabriel García y otros.

Mientras los azules luchaban por el poder aún antes de poseerlo, los Rojos mostraron un grado de desprendimiento que todavía no conoce igual en la historia de la República: El hombre era Báez y nadie pensaba sino en traerlo para que ocupara la Presidencia, aunque le pagara con un beso y una silla de montar como a Juan de Jesús Salcedo.¹²

Mientras Báez gobernaba, los azules se preocupaban por fundar periódicos, establecer sociedades culturales y recreativas y publicar libros, actividades a todas luces importantes, pero ajenas a la realidad del pueblo que sólo conocía de galleras, fandangos y rencillas armadas.

Los azules realizaban actividades de una clase burguesa o aspirante a burguesa, mientras el pueblo se encontraba en una etapa de desarrollo que no llegaba siquiera a proletariado. Los intelectuales, azules, y el pueblo, rojo, hablaban dos idiomas distintos, y la concepción del mundo y de la realidad política que tenían los azules no correspondía a la realidad dominicana. Tenían muchas y hermosas ideas, pero no tenían pueblo.

Esta ausencia de apoyo popular en el Partido Azul se va a poner

de manifiesto en las elecciones convocadas para validar la ascensión al poder del Gral. José María Cabral nuevamente. Cabral había llegado a las alturas a raíz del movimiento que destronó a Báez en mayo de 1866. Las fuerzas triunfantes formaron un triunvirato integrado por los generales Gregorio Luperón, Federico de Jesús García y Pedro A. Pimentel que se encontró rápidamente en difícil situación debido a las apetencias de algunos de sus miembros, especialmente, Pimentel, por lo que se decidió entregar el mando a un candidato de transición, que resultó ser el Gral. Cabral, ante la carencia de líderes que tenían los azules.

Cabral decidió legalizar su gobierno convocando a unas elecciones. Para dar una idea del "fervor" que tenían los azules en las masas, de 200,000 personas que se calcula tenía el país para ese entonces, Cabral sólo obtuvo algo más de 4,000 votos. Evidentemente, los Rojos no votaron, a pesar de que, por primera vez en nuestra historia republicana, todo dominicano mayor de 18 años podía hacerlo, independientemente de la posesión de bienes materiales!¹³

El Gral. Cabral era un tipo contradictorio. De filiación liberal, no podía sustraerse a la influencia que le despertaba Báez, sureño como él, y no poseía solidez en sus principios, junto a una falta absoluta de decisión a la hora de mandar. Lo que le sobraba en la guerra, le faltaba en la paz. Podía manejar un ejército con su valor y su prestigio, pero no podía mandar al país y se sometía al capricho de consejeros no siempre bien intencionados!¹⁴

Esta vacilación en los principios y la nefasta influencia de sus consejeros lo llevaron a negociar con los Estados Unidos la bahía de Samaná, y esta medida acabó por hacerlo impopular. Enterado Luperón de estos acontecimientos, le escribe desde Grand Turk, y le dice: "...este hecho me ha parecido el más horrible de su carrera política. Si desgraciadamente el malhadado Báez vuelve al poder, Ud. y sólo Ud. será la causa, puesto que no le ha sido dable separarse de los pasos de aquel hombre, ni ser el legítimo campeón del Partido Nacional, al cual traiciona Ud. por segunda vez!"¹⁵

Un formidable movimiento armado encabezado por el rojo Manuel Altagracia Cáceres lo expulsó del mando, llamando a Báez para que ocupara la presidencia de la República por cuarta vez.

Báez estaría seis años en el poder y los azules, seis en el monte, y este período se conoce en la historia dominicana como "Los Seis

Años de Báez”.

El Báez de este período es el dictador. Según Bosch, esta dictadura es “la más inútil de las. . . que ha padecido el país”¹⁶ Los azules se dedicaron desde el principio a combatirla sin ningún resultado positivo debido a la desunión de sus fuerzas y a la falta de apoyo popular. Durante este período es que Báez suscribe el famoso empréstito Hartmont, que, según César Herrera, constituyó “la más colosal estafa de que ha sido víctima el Estado Dominicano” y “el primer eslabón de una cadena de desaciertos que impidieron la evolución normal y progresiva de la República Dominicana. Sus efectos desastrosos se perciben claramente en el transcurso de sesenta años”¹⁷

No es sujeto de este trabajo una descripción del contenido de esta desastrosa operación financiera que fue concertada para dar respaldo económico a un gobierno que era combatido desde sus inicios en dos frentes, sino destacar el modo operacional de las facciones que se disputaron la suerte del país en esos decisivos años de nuestra historia.

La idea de anexionar el país, o la de buscar respaldo económico en naciones extranjeras no era original de Báez. Lo había sido desde antes de la Independencia en los grupos económicamente poderosos que no creían en la viabilidad de la República, y desde el Plan Levasseur había sido inquietud principal de esos equivocados.

Por eso, Báez, anexionista hasta la médula, buscó la anexión a los Estados Unidos, o la venta de la bahía de Samaná. Los baecistas habían derrocado a Cabral con la excusa de que trataba de entregar el país a una potencia extranjera y ahora hacían lo mismo. El proyecto encontró calor en el gobierno de Grant, el héroe de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, pero no halló el mismo fervor en el Congreso. El senador Charles Sumner se hizo portavoz del sentir de los congresistas y éstos rechazaron el plan de Grant, considerando que se debían destinar todas las energías del país (Estados Unidos) a restañar las heridas de la guerra civil, y no en embarcarse en aventuras, no siempre felices!¹⁸

En el informe de una Comisión que envió el Senado de los Estados Unidos a investigar el estado de la opinión y de las riquezas nacionales aparece la declaración de una persona, cuyo nombre no quiso dar, en la que se afirma que “la gente del interior es opuesta”¹⁹ a pesar de que asevera que los negociantes capitaleños

no lo eran. Tenía que ser así, porque el principal cultivo del Cibao era el tabaco que se vendía en países europeos, principalmente en Alemania, y la anexión a los Estados Unidos obligaría a competir con un mercado saturado de tabaco de mejor calidad como era el norteamericano. Para el sureño el asunto ofrecía otras expectativas en materia de "dinero, inmigración y negocios"²⁰ como también decía el declarante.

La llegada de esta comisión "coincidió" con la celebración de un plebiscito convocado por Báez para demostrar a los comisionados que el pueblo deseaba la anexión al País del Norte. El Agente norteamericano en el país, Mr. Perry, da una viva descripción de cómo se celebró la consulta: "Se abrió un registro en la Estación de Policía para que los ciudadanos registraran sus nombres. . . Báez y Delmonte me han dicho en varias ocasiones que si cualquier hombre se opone a la anexión, será fusilado o expulsado del país. . . Yo he visto en su propio hogar a Báez sacudir su puño en la cara de sus más íntimos amigos, entre los cuales se encontraban oficiales del Ejército, diciéndoles al mismo tiempo que los expulsaría del país si se oponían a la anexión. Esta conducta, observada por Báez, ha hecho que muchos que favorecían la anexión se opongan a ella ahora, y a él también. . . Las cárceles están llenas de prisioneros políticos"²¹

En efecto, la oposición contra estos propósitos antinacionales le enajenaron el favor público y debió llenar las cárceles de descontentos. En el plebiscito sólo aparecieron 11 votos en contra de más de 16,000 depositados²²

Pero lo que terminó por acentuar la descomposición que ya se percibía en el anteriormente monolítico partido baecista fue su deseo de continuar en el poder, enviando un proyecto de reforma constitucional al Congreso autorizando la reelección presidencial. Ya el vicepresidente Cáceres y el gobernador del Distrito Marítimo de Puerto Plata, Gral. Ignacio María González, habían lanzado sus candidaturas y éste hecho los enfrentó directamente a Báez. González decidió irse a la manigua con el apoyo de Cáceres, que había realizado un gobierno, hasta cierto punto liberal en el Cibao, donde ejercía la delegación del gobierno, en su calidad de Vicepresidente de la República²³

Los azules decidieron apoyar este movimiento, que por la unión de los dos bandos de la política criolla, se llamó "Revolución Unionista", o "La Fusión".

El movimiento estalló en noviembre de 1873 y ante su empuje

Báez no tuvo otro remedio que capitular, en los primeros días de enero de 1874.

El nuevo Presidente será el hombre del momento: Ignacio María González, que había capitaneado la Revolución Unionista, y que, luego de los gobiernos provisionales “de estilo” resultó electo presidente constitucional, en lo que el Dr. Julio G. Campillo Pérez llama “las primeras elecciones propiamente dichas” que se celebraron en el país²⁴

González heredó una situación que pudo capitalizar a su favor si hubiese tenido condiciones de caudillo. El Partido Rojo estaba en proceso de descomposición desde el último gobierno de Báez, y él parecía ser una solución razonable tanto para azules como para rojos, por su temperamento liberal, así como por su antigua filiación baecista, pero González quiso abrirla tienda aparte, dando lugar al llamado “Partido Verde”.

El **Partido Verde** fue el producto de un desencanto de cuadros del partido baecista y la unión de éstos con elementos azules, para derrocar el Gobierno de los Seis Años de Báez.

La decisión de Báez de perpetuarse en el poder, frente a las aspiraciones de sus correligionarios Cáceres y González, determinó que éstos aprovecharan el descontento existente en el país en ocasión de los abusos que cometía Báez para hacer realidad su proyecto de anexión a los Estados Unidos y aceptaran la unión de los azules que tenían seis años luchando sin éxito contra el caudillo rojo, para derrocar el gobierno.

Ignacio María González, del prestigio obtenido en esta revolución intentó formar una facción independiente, que, por su ostensible filiación baecista, se llamó “Rojos Desteñidos”, o “las cotorras” pero que se conoció como Partido Verde.

Este partido estaba formado por rojos que se cansaron de Báez, algunos azules, principalmente, burócratas capitaleños, pero, lamentablemente para González, no eran muchos y él no poseía condiciones de caudillo, repetimos. Era un “general de salón y de danzas”²⁵ como lo llama Luperón, porque era fama que no había peleado en ninguna batalla, y sí se destacaba como bailador de hermosa estampa, popular entre las mujeres y envidiado por los hombres.

Aunque González quiso capitalizar la nueva situación, se quedó corto, y su grupo fue una transición entre el decadente partido baecista y el cada día más poderoso Partido Azul.

La dificultad para González estribaba en que él no tenía ni a los pobres ni a los intelectuales ni a los comerciantes. Tenía algo, pero escaso, y él contribuía muy poco, debido a sus modestas condiciones, a ampliar la facción.

El desprestigio de Báez acentuaba la presencia roja en el grupo de González, pero resultaba evidente que González no era el heredero del gran caudillo rojo ni nada que se le pareciera. Los rojos, ya sin cabeza visible, pasarían varios años buscando donde apoyarse, hasta que encontraron a Ulises Heureaux (Lilís), que buscaba desembarazarse de los azules y de Luperón.

Una de las razones de la caída de Báez en 1873 fue la grave crisis económica en que sumió al país a consecuencia de los altos gastos de guerra y del gobierno, y González comprendió que la compra de partidarios era el camino para hacerse de adeptos. En tal sentido, Luperón afirma que González en su "delirio de formarse un partido personal, agotó las entradas de las rentas nacionales para comprarse partidarios. . . Los hombres de los campos abandonaron sus trabajos y sus casas para correr detrás de González y sus gobernadores en pos de grados militares, de vales sobre el tesoro público que vendían por cualquier cosa en el comercio, y de subvenciones. . ."26

Obsérvese que son "los hombres de los campos" los que buscan grados militares y prebendas. Los factores de movilidad social en la sociedad dominicana no habían variado desde los días de la Independencia.

Sin embargo, el prestigio que cada día adquiría Luperón era un obstáculo a los planes de González y éste decidió eliminarlo. El atentado contra Luperón motivó una acusación ante el Congreso realizada por la Sociedad la Liga de la Paz, formada por lo más granado de la intelectualidad azul del Cibao. Este era un hecho sin precedentes en la historia del país demostraba cuán lejos de la realidad se encontraban los azules. ¡Un presidente acusado por un grupo civil ante el Congreso!

Esta anomalía tiene su explicación. El Partido Azul estaba formado por intelectuales liberales educados en el exterior, cuya influencia en los demás núcleos del partido era decisiva. Estos

liberales soñaban con un clima de paz, de libertad económica, de gobiernos representativos libremente elegidos, de tolerancia y progreso social, con una clase intelectual y económicamente fuerte que encabezaría esa sociedad ideal.

Pero la sociedad dominicana era turbulenta, de gobiernos autocráticos, impuestos por las armas, compuestos por caciques intolerantes cuyo único afán eran enriquecerse personalmente y mantener su facción de parciales para satisfacer sus apetitos elementales en las galleras, los fandangos y de la fama de las luchas a balazos, en fin, una clase militar fuerte dispuesta a no perder sus canonjías.

Mientras Espaillat le escribía a González a raíz de su triunfo abogando por "el partido del orden" que sería el resultado de la unión de los partidos existentes, estaba soñando. En nuestras circunstancias especiales, en nuestro estado de desarrollo cultural y de inmadurez política, eso era una utopía. Y lo lamentable de todo era que así pensaba el grueso de la intelectualidad azul.

El Presidente González estaba acusado ante el Congreso y eso de por sí era grave, y podía motivar el establecimiento de la sanción civil contra el gobierno como norma constitucional, pero el Congreso rechazó la acusación y los azules se levantaron en armas. Impotente ante las presiones, González renunció. Los azules, que se asociaron a González en 1873 previendo esta situación, eran ahora los amos de la situación.

Los azules convocaron a elecciones y postularon a una destacada figura civil: Ulises Franciso Espaillat, quien obtuvo la mayor cantidad de votos que había conquistado candidato alguno en nuestra historia eleccionaria, pero no se permitió la participación de ningún otro partido. De este modo, los azules continuaron el divorcio entre sus principios y la realidad, al propugnar por elecciones libres y participar solos.

Espaillat inauguró su gobierno con el aplauso popular y entre los resquemores de los militares, al afirmar que iba a gobernar con maestros²⁷. El Presidente azul formó un gabinete de liberales nacionalistas que ha sido llamado "el gran gabinete" y ofreció su imprenta a la oposición para que combatieran al gobierno. Era, efectivamente, una anomalía en este medio. Duró siete meses. Los baecistas, ya decadentes, se levantaron en armas y cuando parecía que la situación estaba bajo control del gobierno, en la capital, un

grupo de rojos disidentes, da un golpe de estado y llaman a González a ocupar la primera magistratura del Estado, ¡por un mes! , ya que los baecistas dieron un golpe de mano que trajo a su caudillo, por última vez, a la Presidencia de la República.

Este hecho, de por sí, demostraba que la polarización entre rojos y azules se mantenía. Poco importaba González, mal visto por Luperón y soportado por los rojos. Sin embargo, los azules eran cada día más poderosos mientras el caudillo rojo perdía su carisma día a día.

Báez, en el Poder, volvió a las andadas y los azules a la manigua. A ellos se sumó González, que no podía contar ya con los azules para obtener clientela política, y así con los rojos, eliminando a Báez. La insurrección tuvo carácter general y el General Cesáreo Guillermo ocupó la capital ante la salida de Báez. En marzo de 1878 el país se encontró con dos gobiernos paralelos: el de Guillermo en la capital y el de González en el Cibao.

Unas elecciones resolvieron el **impasse**, resultando ganador González, gracias al apoyo de Luperón,²⁸ pero fue derrocado por éste antes de cumplir los dos meses en el Poder al no cumplir algunas promesas electorales, y, a raíz de esta rebelión, por primera vez en el país, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia pasa a ocupar la Presidencia de la República. El Lic. Jacinto de Castro ocupó por menos de un mes el solio, dando paso a un Consejo de Secretarios de Estado que preparó las elecciones que fueron ganadas por el General Cesáreo Guillermo.

Guillermo no se comportó a la altura de los tiempos y su gobierno, aunque tuvo logros, fue realmente nocivo para el país. Pero lo que contró a la hora de expulsarlo del Poder fue su absolutismo y algunas medidas de tipo económico que tomó contra el comercio exportador del norte, a través de la frontera haitiana, así como su absoluta carencia de dotes de mando.

Luperón, ya convertido en el mandamás de la política criolla, gracias a la fuerza del partido que dirigía, se levantó en armas contra el gobierno, y con la acción militar de su lugateniente Ulises Heureaux logró desalojar del mando al hijo de Pedro Guillermo, el hombre que abrió el ciclo baecista, "derrocando" a Cabral en 1865.

El afán de Luperón de mantener el control de la aduana de Puerto Plata, que él consideraba como cosa propia, lo indujo a

formar su gobierno en esa ciudad y nombrarla sede de la Primera Magistratura del Estado. De aquí en adelante, los azules van a imponer los candidatos y las condiciones. Habían ganado la partida. Esta situación se mantuvo hasta que un azul, lugarteniente de Luperón y astuto político, conocedor al dedillo de la idiosincrasia del pueblo dominicano, se hizo dueño de la cosa pública. Ese hombre, hijo del “juez civil más feo que tiene el país”, se llamaba Ulises Heureaux (Lilís).

Características de los Partidos

A pesar de las deferencias sustanciales que distinguían estos partidos en materia ideológica y de composición social, se pueden establecer varias similitudes entre las facciones.

Ninguno tenía plataforma política ni plan de gobierno para cuando llegaran al poder. Tampoco tenían locales propios, como no fuera la residencia del caudillo o de sus líderes connotados, ni registrados de afiliados, ni banderas, ni insignias, y, sobre todo, su único principio era apoderarse del gobierno para desde allí mantener la clientela.²⁹

Por eso, los lectores de este trabajo deben ubicarse en la realidad política dominicana para comprender por qué se llamó partido a un conjunto de hombres unidos solamente por la posibilidad de conquistar el poder, no por los principios y las reglas que conforman y dan valor a las organizaciones políticas como tales.

Los partidos eran conocidos por el color de su insignia y las disidencias dentro de los mismos eran calificadas como pérdida del color de la enseña madre: Así, “rojos desteñidos” son los partidarios de González salidos del partido baecista y “Azules desteñidos”, aquellos disidentes azules que presentaron una incidental fórmula política en 1876 con José María Cabral como candidato de conciliación.³⁰

Pero el ingenio popular también bautizó a los partidarios de las banderías en pugna: los azules eran los “cacoses” y los verdes de Ignacio María González, eran los “cotorros”, como los llama Luperón.

La copla ridiculizaba los perdedores y ensalzaba a los triunfadores y sobre todo, criticaba a los tránsfugas.

Los cambios de partido impiden establecer con exactitud la composición social de los mismos, aunque sí se pueden formular variables muy cercanas a la realidad.

Si fuésemos a reducir a tablas la composición de estos partidos, se podría diagramar de la siguiente manera:

	intelectuales liberales
	Grupo Cibaño comerciantes y terratenientes
	juventud liberal
	clase elevada a través de la Restauración
Partido Azul	antiguos santanistas
	intelectuales liberales
	grandes comerciantes, terratenientes e industriales
	obreros y campesinos
	antisantanas
Partido Rojo	algunos comerciantes, terratenientes e intelectuales de ideas anexionistas
	A la más liberal de los rojos
Partido Verde	arribistas azules

En los verdes, la tendencia fue a ampliar la militancia roja a raíz de la pérdida de carisma de su caudillo.

Sobre la composición social de estos partidos dice Pedro Francisco Bonó: "No se podrá hacer nunca una estadística correcta del número de individuos que componen el partido rojo o azul en una época determinada, para saber cuál de los dos es la mayoría. Tal azul de hoy, por ejemplo, a quien quiten el empleo o pensión de que goza, mañana será rojo; y tal rojo de ayer a quien den dicho empleo o pensión, en seguida será azul. No debe admirar ni escandalizar cosa tan abstrusa, porque en todos los tiempos y todos los lugares esto siempre ha sucedido en los sistemas personales, y desde luego entra en los fenómenos constantes del modo de ser de las personas sometidas a este régimen"³¹

Por su parte, Luperón, hablando de las características de los partidos, afirma que "los políticos de la capital designaron los partidos militantes del país, llamando al opresor, reaccionario y anexionista, rojo, aunque los que lo componían se llamaban

baecistas, porque fue un partido puramente personal; y al partido nacional, liberal y demócrata, lo llamaron azul. González quiso también tener el mérito de formar un partido personal, constituido con los tráfugas de los demás partidos. La novedad ayudó a estos hombres miserablemente pueriles, y se llamaron los verdes, o sea el partido de las cotorras y de la fusión de todos los traidores y aventureros”³²

Las opiniones de dos testigos presenciales y actores de la evolución de la militancia de los partidos de la época confirma, una vez más, la presencia de una poderosa lucha de intereses por la adquisición de posiciones en la sociedad. La única posibilidad de ascender a un estamento social más alto es la toma del poder para adquirir prestigio social a través de un grado militar o una prebenda. La falta de moralidad en los actos de la mayoría de los hombres públicos de este período es una consecuencia de su afán de mejorar social y económicamente, en una sociedad donde el estado era la gran canasta de oportunidades.

El expediente de la emisión de papel moneda para comprar partidarios y la distribución de grados militares será una constante en este período de nuestra historia. La gente lo que quería era dinero para ser estimado socialmente y los caudillos lo sabían. Por eso lo repartían a manos llenas, y acudieron a los empréstitos extranjeros y locales, y en esta alocada carrera, entregamos el país a los acreedores extranjeros.

Ideología

Resulta paradójico al examinar las características de ambas tendencias, sentar premisas que si no son las más afortunadas, por lo menos son las más reales. El Partido Azul, era el más nacionalista, sin embargo en cierto sentido era el más exótico a las costumbres del medio y por eso era defendido por minorías selectas. El Partido Rojo, era en cambio anexionista, pero al mismo tiempo el más criollo y el de mayor aceptación en las masas populares. La base de estas diferencias que parecen increíbles, se puede encontrar en que el primero carecía de Caudillo, y el segundo, era poseedor de uno, cuya ascendencia, es casi incomparable en nuestros anales. El temperamento emocional de nuestro pueblo, unido a su escasa educación política, ha gustado más de un hombre que lo deslumbró, no importa su falsedad o sus malos designios, que de un grupo disperso, lleno de ideales sinceros y virtuosos”³³

De esta opinión del doctor Campillo Pérez se pueden obtener algunas de las razones que determinaron la ideología de los partidos en pugna.

En el Partido Rojo hay que establecer una diferencia entre sus dirigentes y sus militantes a la hora de establecer la orientación ideológica del partido.

Los dirigentes rojos eran anexionistas que aprovechaban la escasa formación de su militancia para dirigirlos hacia sus fines. Pero los baecistas de abajo, el pueblo rojo, no era anexionista. Lo probó en la Restauración cuando fue el ejército restaurador. Lo probó contra Cabral en el 1868 y contra Báez en 1873. La excusa para derrocarlos fue la anexión del país. Luego, no puede hablarse de inclinación a la anexión en las masas rojas. Es evidente que la anexión a una nación poderosa podía presentarse como provechosa para el desarrollo económico de las clases desposeídas, pero su estado de desarrollo cultural y su forma de vida, casi en estado de naturaleza, la obligaban a preferir el valor independencia, aún pobre, a la anexión.

Casi se podría afirmar que los rojos eran anexionistas por no comprender a los azules. Es más, Hoetink va más lejos al afirmar que las palabras del vocabulario político no correspondían a su significado.³⁴ Según fue avanzando culturalmente la juventud y conociendo la actitud de la élite roja, se fue pasando a los azules, dando sustancia popular al poder económico de los nacionalistas.

Los azules, por su parte, eran nacionalistas, liberales, partidarios de la libertad de empresa, defensores de la paz, pero en cuanto ésta resultaba una condición indispensable para el desarrollo de la economía.

La composición social de los partidos iba a determinar la ideología. Los rojos, pobres con aspiraciones de llegar "a ser algo", eran belicosos e inmorales desde el punto de vista político. No tenían nada que perder. Los azules, gente con prestigio, nombre y economía, necesitaban de un clima favorable para poder desarrollar sus intereses, tanto económicos como culturales. Tal desarrollo sólo era posible en un estado de paz doméstica y, al no conseguirla, se dedicaron a soñar.

Véase la carta de Espailat a González, la acusación de la Liga de la Paz y la carta de Luperón en que, señalando la necesidad de "reformarlo todo", hablaba de encomendar los triunfos armados "al

derecho triunfante". "Reformemos... la constitución... nuestra conducta administrativa... (y) nuestras relaciones internacionales..."³⁵

Pedir a los dominicanos reformas de este tipo era pedirle peras al olmo. Mientras Espaillat decía que iba a gobernar con maestros, aquí ni siquiera había maestros, y duró siete meses en el poder. Báez, apoyado por las armas y los barrotes de la cárcel, dura seis años y es visto como el producto natural de un medio que es así, y que los pobres del pueblo (incultos, sin noción de los asuntos de Estado), no se preocupaban por cambiar, sumidos en un hondo pesimismo nacido de su impotencia.

Con esas premisas se puede afirmar que los partidos eran ideológicamente:

	liberales		anexionistas
	nacionalistas		conservadores
Azules	defensores de la paz y los derechos	Rojos	belicosos. Detentar el poder, no importaban los medios.

Los Verdes, en una primera etapa eran: liberales, pero arribistas u oportunistas.

Ante la creciente influencia de los rojos en la facción, en su segunda etapa tenderán hacia la ideología del partido rojo.

Ahora bien, no todo eran rosas en estos grandes rasgos de la ideología de las tendencias. Los azules, tan liberales y defensores de los derechos, no tienen grandes reparos en realizar elecciones sin la presencia de opositores, y, en aras del progreso del país, otorgan concesiones cada vez más onerosas a empresas extranjeras en la serie de gobiernos que siguió a este período.

Es que la realidad del medio era demasiado poderosa para ignorarla.

Gobiernos de este período con filiación de los Gobernadores

4— 8—1865 — 15—11—1865 Gral José María Cabral (azul)

15—11—1865 — 8—12—1865 Gral. Pedro Guillermo (rojo)

- 8-12-1865 - 29- 5-1866 Buenaventura Báez (rojo)
- 30- 5-1866 - 22- 8-1866 Triunvirato (azul) Gregorio Luperón,
Federico de Js. García y Pedro A.
Pimentel.
- 22- 8-1866 - 31- 1-1868 José María Cabral (azul)
- 31- 1-1868 - 13- 2-1868 Manuel A. Cáceres (rojo)
- 13- 2-1868 - 2- 5-1868 Junta de Generales (rojo) Antonio Gó-
mez, José Hungría y José R. Luciano
- 2- 5-1868 - 2- 1-1874 Buenaventura Báez (rojo) (Los Seis
Años de Báez)
- 25-11-1873 - 21- 1-1874 Ignacio María González (rojo deste-
ñido)
- 22- 1-1874 - 5- 2-1874 Generales Encargados del Poder Su-
premo (rojos desteñidos) Manuel A.
Cáceres e Ignacio María González
- 5- 2-1874 - 23- 2-1876 Ignacio María González (verde)
- 23- 2-1876 - 29- 4-1876 Consejo de Secretarios de Estado
(azul)
- 29- 4-1876 - 5-10-1876 Ulises Francisco Espaillat (azul)
- 5-10-1876 - 11-11-1876 Junta Gubernativa (verde)
- 11-11-1876 - 9-12-1876 Ignacio María González (verde)
- 10-12-1876 - 26-12-1876 Marcos A. Cabral (rojo)
- 27-12-1876 - 2- 3-1878 Buenaventura Báez (rojo)
- 2- 3-1878 - 5- 3-1878 Consejo de Secretarios de Estado
(rojo)
- 1- 3-1878 - 3- 5-1878 Ignacio María González (verde)
- 5- 3-1878 - 6- 7-1878 Cesáreo Guillermo (azul)

- 6— 7—1878 — 2— 9—1878 Ignacio María González (verde)
- 2— 9—1878 — 6— 9—1878 Jefes Superiores de Operaciones (azul)
- 7— 9—1878 — 29— 9—1878 Jacinto de Castro (Presidente de la Suprema Corte de Justicia) (azul)
- 30— 9—1878 — 27— 2—1879 Consejo de Secretarios de Estado (azul)
- 27— 2—1879 — 6—12—1879 Cesáreo Guillermo (azul)
- 7—10—1879 — 1— 9—1880 Gregorio Luperón (azul)
- 1— 9—1880 — 1— 9—1882 Mons. Fernando A. de Meriño (azul)

Se inicia el reinado azul hasta Heureaux.

BIBLIOGRAFIA

- Bosch, Juan** Composición Social Dominicana. 2a. ed. Santo Domingo. Impresora Arte y Cine. 1970.
- Campillo Pérez, Julio G.** El Grillo y el Ruiseñor. Santo Domingo. Ed. del Caribe. 1966.
- Espailat, Ulises Fco.** Escritos. Santo Domingo. Ed. del Caribe. 1962.
- Fernández Rocha, Carlos** Génesis e Ideología del Partido Azul. Eme—Eme Vol. I, Núm. 1. 1972.
- García, José Gabriel** Compendio de la Historia de Santo Domingo. 4a. ed. Santo Domingo. Publicaciones Ahora. 1968.
- Herrera, César** Las Finanzas de la República Dominicana. Tomo I. Santo Domingo. Impresora Dominicana. 1955.
- Hoetink, Harry** El Pueblo Dominicano 1850—1900. 2a. ed. Santiago. UCMM. 1973.
- Incháustegui, J. Marino** Historia Dominicana. T. I. Santo Domingo. Impresora Dominicana. 1955.
- Jiménez Grullón, Juan I.** Sociología Política Dominicana 1844—1966. Vol. I. Santo Domingo. Taller. 1974.
- Luperón, Gregorio** Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos. Santiago. Ed. El Diario. 1939.
- Marrero Aristy, Ramón** La República Dominicana. (Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América.) Santo Domingo. Ed. del Caribe. 19.
- Martínez, Rufino** Diccionario Biográfico—Histórico Dominicano. Santo Domingo. Talleres UASD. 1971.

- Hombres Dominicanos: Santana y Báez. **Santiago. Ed. El Diario. 1943.**
- Hombres Dominicanos: Heureaux y Trujillo. **Santo Domingo. Ed. del Caribe. 1965.**
- Monclús, Miguel Angel** El Caudillismo en la República Dominicana, 3a. ed. Ed. del Caribe. **Santo Domingo. 1962.**
- Redondo, J. Pedro** Gregorio Luperón y los Estados Unidos. Eme—Eme Vol. II, Núm. 7. **1973.**
- Rodríguez Demorizi, Emilio** Papeles de Buenaventura Báez. **Santo Domingo. Ed. del Caribe. 1969.**
- Actas y Doctrina del Gobierno de la Restauración. **Santo Domingo. Ed. del Caribe. 1963.**
- Papeles de P. F. Bonó. **Santo Domingo. Ed. del Caribe. 1964.**
- Antecedentes de la Anexión a España. **Ciudad Trujillo. Ed. Montalvo. 1955.**
- Música y Baile en Santo Domingo. **Santo Domingo. Col. Pensamiento Dominicano. 1971.**
- Informe de la Comisión de Investigación de los E. U. A. en Santo Domingo en 1871. **Ciudad Trujillo. Ed. Montalvo. 1960.**
- Discursos Históricos y literarios. **Ciudad Trujillo. Imprenta San Francisco. 1947.**
- Rodríguez Objío, Manuel** Gregorio Luperón e Historia de la Restauración. **Santiago. Ed. El Diario. 1936.**
- Rosa, Antonio de la** Las Finanzas de Santo Domingo y el Control Americano. Traducción castellana. **Santo Domingo. Ed. Nacional. 1969.**
- Tejeda, Adriano Miguel** Resumen de Historia Dominicana. **Apuntes Mimeográficos. 1970.**
- Troncoso de la Concha, Manuel de Js.** Narraciones Dominicanas. 5a. ed. **Ciudad Trujillo. Ed. Stella. 1960.**
- Welles, Sumner** La Viña de Naboth. Traducción castellana. **Santiago. Ed. El Diario. 1939.**
- Hazard, Samuel** Santo Domingo: Pasado y Presente. Versión Española. **Soc. Dom. de Bibliófilos. Ed. M. Pareja. Barcelona España. 1974.**

NOTAS

- 1) Durante su gobierno de 1849—53, Báez abolió una ley que penaba el robo con la muerte, se interesó en el fomento agropecuario y estableció cordiales relaciones con la Iglesia Católica, que no era muy afecta a Santana, y en su administración de 1856—58, tomó la famosa medida en contra de los comerciantes especuladores del producto que motivó la rebelión económica de 1857. C.f. Jiménez Grullón. op. cit. Págs. 45 y ss y Bosch, Juan. op. cit. Págs. 200 y ss.
- 2) Campillo Pérez. Op. cit. Pág. 46 y ss.

- 3) Rodríguez Demorizi, Emilio. Papeles de Báez. Pág. 12, y Rufino Martínez. Santana y Báez. Pág. 214. Báez fue nombrado Mariscal de Campo el 22 de octubre de 1863. Renunció a este cargo, que Rufino Martínez llama "más honorífico que de efectividad militar", el 15 de junio de 1865.
- 4) Cf. Bosch. op. cit. Págs. 215 y ss.
- 5) Luperón. op. cit. T. II. Pág. 215.
- 6) Bosch. op. cit. Pág. 224.
- 7) A guisa de ejemplo, véanse los casos de Pedro Florentino, en el sur, y de Manuel Rodríguez (El Chivo), en el Cibao, para solo citar dos casos.
- 8) Cf. Campillo Pérez. op. cit. Pág. 57.
- 9) Rodríguez Demorizi, Emilio. Discursos Históricos y Literarios. Pag. 287 y ss. Sobre las influencias que sufrió Meriño en la redacción de su discurso Cf. Alfau Durán, Vetilio, en Anales de la Universidad de Santo Domingo Nos. 71-72, Enero-junio 1956. Págs. 22-23.
- 10) Cf. Hoetink. op. cit. Págs. 192 y ss. Este autor hace mucho hincapié en el regionalismo como factor de devoción partidista.
- 11) Cf. Bosch. op. cit. Pág. 247 y Troncoso de la Concha. Op. cit. Pag. 285.
- 12) Monclús, Miguel Angel. El Caudillismo en la República Dominicana. Pág. 36.
- 13) Campillo Pérez. op. cit. Pág. 62.
- 14) Cf. Rufino Martínez. Diccionario. . . Págs. 86 y ss.
- 15) Rodríguez Objío, Manuel. op. cit. T. II. Pág. 102.
- 16) Bosch. op. cit. Pág. 232.
- 17) Herrera, César. op. cit. T. I. Pág. 124.
- 18) Guerra y Sánchez, Ramiro, citado por Jiménez Grullón. op. cit. Pág. 189-190.
- 19) Rodríguez Demorizi, Emilio. Informe. . . Pág. 566.
- 20) Idem. Pág. 567.
- 21) Welles. Op. cit. Pág. 366.
- 22) Idem.
- 23) Cáceres, mejor conocido por Memé, fue electo vicepresidente en diciembre de 1870, por el Senado Consultor, ya que en las elecciones había empatado con Juan Nepomuceno Núñez. Cf. Campillo Pérez. op. cit. Pág. 64, 65, 300 y 301.
- 24) Campillo Pérez. op. cit. Pág. 69.
- 25) V. nota 5.
- 26) Luperón. op. cit. T. II. Págs. 233 y 236.
- 27) Véase la anécdota Mentalidad Guerrillera, en Troncoso de la Concha, Manuel de Js. op. cit. Pág. 143.

- 28) Campillo Pérez, op. cit. Págs. 76—77.
- 29) Cf. Hoetink, op. cit. Pág. 195.
- 30) Campillo Pérez, op. cit. Pág. 75.
- 31) Rodríguez Demorizi, Emilio. Papeles de Bonó. Pág. 274.
- 32) Luperón, op. cit. T. II. Pág. 236.
- 33) Campillo Pérez, op. cit. Págs. 59—60.
- 34) Cf. Hoetink, op. cit. Pág. 225 y ss.
- 35) Cf. Luperón, op. cit. T. II. Pág. 248.